—Vámonos, y ni una palabra de lo que hemos encontrado en el canal y aquí.

—Pero, Sr. Clemente, ¿hará usted soltar á Rabasson, al menos?

—Cuando sea tiempo.

—¡Cómo! ¿Va usted á permitir que vaya á la prisión?

—Por algunos días. Esto le será provechoso. Tendrá espacio para reflexionar. Pero te respondo de que será puesto en libertad. Déjame obrar á mi gusto.

Briffaut lanzó un suspiro, y, siguiendo á Pont-Croix, emprendió el camino de la Encomienda. Por encima de los árboles, en las tranquilas lejanías, sonaron las diez en el campanario de Précigny.

---

# XIII

Después del almuerzo, fumando y hablando, se encontraban reunidos, en la sala de caza, Nuño, Brucken, Termont, Francfort y el procurador de la República, venido para hacer una información sobre el asunto Strehley. Llegado á la Chevrolière, acompañado del comisario de policía y escoltado por los gendarmes, el magistrado se había mostrado al pronto frío y algo tieso. Pero la gracia de Ester, á quien había encontrado en casa de la viuda del guarda, á cuya familia había ido á llevar consuelos, modificó sus impresiones. Selim, advertido de su presencia, se puso á sus órdenes, y hecha la instrucción, terminados los interrogatorios, el procurador de la República consintió en entrar en el castillo.

Ahora, entre los huéspedes y él reinaba la mayor cordialidad. Una pasión común, la de la escopeta, había acercado á todos aquellos hombres. Y la conversación, comenzada por el desarrollo de este lugar común; los peligros que corrían los guardas en una comarca de gran caza como el departamento de Sena y Marte, se hizo del todo íntima y especial.

—Es una gran residencia para usted Meaux, señor procurador de la República,—dijo Francfort, —puesto que es usted cazador... Y no deben faltarle ocasiones de salir de caza...

—Sin duda, caballero; pero me ocupan mucho mis funciones, y no tengo tantos descansos como yo quisiera.

—Bueno; pero se desquitará usted eligiendo las casas á donde vaya,—dijo Termont.—Mire usted, no conviene prodigarse: esto es muy malo. Cuando se tienen tres ó cuatro hermosos terrenos de caza á disposición, basta. Esto es lo que yo hago. Fuera de la Chevrolière, de Armainvilliers y de Rambouillet, no voy á ninguna parte.

—Usted, Termont, es un hombre de arregladas costumbres,—dijo Brucken con una risa demasiado ruidosa.

—¡Perfectamente! Y me va bien. Cuentan conmigo, y las atenciones que me atestiguan están en proporción de la fidelidad que yo muestro. Formo parte de la cacería. Si yo faltara allí donde cuentan con mi presencia, la cosa sería un acontecimiento. Nada marcharía. Pregunten ustedes á Selim qué diría si yo dejara de venir á su casa: sería capaz de renunciar á su cría. Porque toda esta caza que mantiene con grandes gastos, no es para él, ¡gran Dios!, es para mí. Cuando el año es malo y las lluvias han diezmado las polladas ó hecho morir hinchados á los conejos, piensa con pena: «¿Qué va á decir Termont?» Entonces escribe á Austria para tener faisanes y perdices. Escribe á Boulogne para tener conejos. Y cuando llega el día de la apertura y estamos aquí La Brede, Temblay y yo, los tres asiduos de la Chevrolière, la escopeta en la mano, abatiendo la caza para asegurar uno de esos hermosos cuadros que se cita con envidia en los periódicos, nuestro querido patrón está contento. ¡No ha perdido el dinero! Y si fuéramos á la casa de enfrente, á trabajar y á matar la caza que no está al volver de la esquina, se indignaría, nos trataría de ingratos, no tendría ningún placer en su casa, y acabaría, mientras le faltáramos, por disgustarse de su finca.



—Conclusión,—dijo Francfort:—no se tiene un coto para sí, sino para los demás.

Selim, sonriendo por primera vez desde la mañana, asintió con la cabeza, y dijo:

—Es tan cierto eso, que no me gusta invitar á las cacerías más que á las gentes que tiran bien.

—Por lo demás, es un gran gasto la caza con esas condiciones, —replicó Francfort. —Ahí tenéis á Termont, por ejemplo, que quema, por término medio, cinco ó seis mil cartuchos al año.

—Lo menos,—dijo Brucken.—Sin hablar del tiro de pichón...

—Naturalmente. Pues bien; eso ya hace una bonita suma. Añadan ustedes un par de escopetas casi todos los años...

—Sí, porque me gusta cambiar.

—Te entusiasmas con un armero nuevo, y ya no hay más que él... ¿No has presentado como hombres de genio á algunos que ya no valían nada al año siguiente?... ¡Y lo que hay de particular, es

que todas sus armas eran buenas cuando eras tú quien tiraba con ellas!...

—¿Qué prueba eso?—dijo el procurador de la República con aire amable á Termont.—Pues que no hay malas escopetas, sino solamente malos cazadores. En suma, señores: ¿dónde se venden las mejores armas?

—En París,—exclamó Termont con fuego.—¡No crean ustedes en las armas inglesas! No tienen más que una virtud para los tontos: costar más caras que las demás. Un par de escopetas, compradas en Londres, os costarán cien libras, y cualquier armero de París os las dará tan buenas, con cañones Leopoldo Bernard además, por ochocientos francos la pieza... El vicio de la arcabucería inglesa es creer que no hay cañonería al otro lado de la Mancha. Todos los damascos proceden de Bélgica ó de París. En cuanto á los cañones de acero, no hablemos de ellos. He visto con mis ojos cañones de escopeta inglesa de acero reventar como si fuesen de papel, porque se habían disparado con cartuchos algo fuertes. Nunca tendrán ustedes que temer esto con un damasco de París... ¿Un cañón que se abre como la tapa de una tabaquera?... ¡Pagad escopetas de mil doscientos cincuenta francos para que os lleven los dedos!

—Los merodeadores que tiran á nuestra caza se sirven de armas antiguas,—dijo Nuño con aire escéptico,—lo que no les impide matar muy bien y de muy lejos.

—Esas gentes ponen seis gramos de pólvora negra en un dieciséis, y cuarenta y cinco gramos de



plomo...—dijo el procurador de la República.—No tienen miedo de destrozarse el hombro... Parece que el hombre preso, ese Rabasson, había tenido ya una cuestión con usted, señor conde, el día de la apertura...

—No fué conmigo,—respondió Selim,—fué con Brucken, que lo corrigió de firme.

Brucken, que desde hacía un instante estaba sumido en profunda meditación, se extremeció al oir pronunciar su nombre, y frunciendo las cejas:

—Sí, se insolentó, y hasta me levantó la mano... Pero no conozco á ese hombre, no lo he vuelto á ver... No podría acusarlo...

Hablaba con alguna ansiedad, y su rostro se puso pálido.

—¡Oh! Tenemos acerca de él las peores notas,—dijo el procurador de la República.—Su expediente judicial abunda en condenas, no sólo por delitos de caza, sino también por vías de hecho... Hace dos años recayeron sobre él fuertes sospechas por asesinato... Faltaron las pruebas, y no se le pudo perseguir... Pero esta vez el crimen es evidente... ¿Quién si no él habría tenido interés en matar al desdichado guarda? Está cogido, y bien cogido. Esta noche dormirá en Meaux, y pasará al Jurado en la sesión próxima.

El magistrado se levantó.

—¿Se va usted ya, señor procurador de la República?—preguntó Nuño.

—Tengo que retirarme, señor conde; necesito detenerme en Lagny antes de volver á Meaux... Le estoy muy reconocido á usted por su fina acogida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Puesto que es usted cazador, espero que me proporcionará el placer de venir uno de estos días á cazar con nosotros.

—Es usted muy amable.

Cuando se estrechaban las manos abrióse una puerta y entró un criado, llevando una tarjeta en una bandeja. Selim la tomó con aire indiferente; pero así que se fijaron sus miradas en el pedazo de cartulina, brillaron sus ojos y se puso muy encarnado. Y dijo con voz que la emoción hacia más áspera:

He aquí una visita inesperada... No habría creído que el que está en mi casa quisiera volver á entrar en ella jamás...

—¿Quién es?—preguntó Francfort.

—El marqués de Pont-Croix.

Al oir este nombre, Brucken, de pálido, se puso lívido. Se le oprimió el corazón y le zumbaron los oídos. Tuvo el presentimiento de un grave peligro. Si el hombre á quien odiaba, y de quien se sentía despreciado, se presentaba en la Chevrolière, sólo podía ser por él. Un miedo horrible se apoderó de su pensamiento. Se vió perdido, denunciado y detenido por aquel mismo procurador de la República que estaba allí, con el cigarro en la boca, tan deferente y tan amable, y que, en un segundo, se tornaría implacable y terrible.

Pensó en salir, en ir á su cuarto, en tomar todo el dinero que tenía y huir. Pero la huída era la confesión. ¿No valía más hacer frente á la tormenta?...

En suma, ¿qué se sabía? ¿Qué pruebas se podían reunir contra él? Strehley no hablaría, y Manuela



tenía demasiado interés en callarse. Entonces, ¿qué razón había para huir ante Pont-Croix? Se rehizo, adoptó un aire de indiferencia, y se atrevió á mirar á sus amigos.

—Preciso es, en efecto, que Clemente tenga graves motivos para haberse sobrepuesto á sus repugnancias,—dijo Termont.—Supongo, Nuño, que no le hará usted esperar.

—No, ciertamente. Que pase á mi despacho el Sr. de Pont-Croix... Señores, confío á ustedes el señor procurador de la República. Despídanlo...

Y, con la tarjeta en la mano, Selim salió después de haber saludado al magistrado. Todavía tuvo tiempo de oir decir á Termont:

—Es bien triste, señor procurador de la República, que las condenas con que castigan ustedes á los cazadores furtivos, sean tan débiles... ¡Esas gentes son ladrones! ¡Simples ladrones!... La caza ya no es *res nullius*; es criada, acotada, alimentada...

—¡Oh, la ley es bien insuficiente, caballero!... Habría que rehacerla por completo, y modificar las disposiciones legales, como se ha cambiado el funcionamiento de las cacerías... Pero no se hará...

—¡Sí, aquí hay un asunto de elecciones! ¡Se tiene miedo de irritar al campesino! ¡Esto es todo!

—¡Oh! ¡Oh!

Cerróse la puerta, y Nuño, cruzando la escalerilla, entró en su despacho.

Un poco pálido, delante de la chimenea donde tan á menudo se había calentado junto á su padre, estaba de pie Clemente de Pont-Croix. Se inclinó

ligeramente ante Selim, y, con voz lenta, pero firme, dijo:

—Caballero, le sorprenderá á usted, sin duda, verme aquí. Pues aún es mayor que la de usted mi sorpresa. Crea usted que ha sido precisa una razón muy imperiosa para decidirme á franquear su puerta. Esta razón la apreciará usted cuando sepa que va en ello la vida de un hombre.

El sobrecogimiento de Nuño á estas palabras fué tan grande, que no reparó en lo que podían contener de altanería mortificante para él. Olvidó su forma, para no retener más que su sentido. Pero este sentido era capital. En su prisa por saber, replicó vivamente:

—¿De qué hombre se trata, señor marqués?

—De Rabasson, que ha sido preso esta mañana, acusado de asesinato. Es inocente.

—¿Inocente?—exclamó Selim.—Entonces, ¿quién es el culpable?

—Eso es lo que sabrá usted dentro de un instante. Pero, ante todo, ruego á usted que me facilite una entrevista con el Sr. de Brucken.

—¿Con el Sr. de Brucken? ¿Pero por qué con el Sr. de Brucken?

—Eso es lo que no puedo decir á usted, caballero,—respondió Clemente con altanería.—Me he dirigido á usted, desde luego, porque usted es el dueño de esta casa, y sé lo que debo hacer. Le he dicho de qué se trataba, porque usted lo habría sabido siempre, y porque convenía explicarle mi venida. Ahora es con el Sr. de Brucken sólo con quien tengo que hablar, y ruego á usted que me



haga el favor de hacer llamar al Sr. de Brucken.

—¡Pero, señor marqués!—exclamó Selim, acometido de nuevo por todas sus antiguas sospechas, devorado por una horrible curiosidad, y flotando, en sus celos, de Brucken á Pont-Croix, con horrible angustia.

—Caballero, si usted no quiere hacer llamar al Sr. de Brucken, voy á retirarme, dejando dos palabras á su amigo, rogándole que vaya á mi casa... Comprenda usted la cosa: lo que tengo que decir no concierne más que á él y á mí. Si después quiere él tomarle por confidente, libre es de hacerlo... Pero no seré yo quien lo haya decidido.

—Yo creía que el Sr. de Brucken era enemigo de usted,—aventuró Nuño.

Clemente le confundió con una mirada.

—¡Eso me impone el deber de tratarlo con mayor consideración!

A esta lección de generosidad, Selim se inclinó, y, dirigiéndose á la puerta, obedeció á Pont-Croix.

Si la llegada del marqués había producido violento efecto sobre el castellano de la Chevrolière y y sobre sus amigos, no había dejado indiferentes á Ester y á Manuela. Volvía aquélla de los alrededores, y ésta acababa su *toilette*, porque había comprendido la necesidad de salir de su cuarto, cuando el tilbury de Clemente entraba al trote largo por la puerta de honor y se detenía al pie de la escalinata.

Ester, inmóvil junto á un macizo de crisantemas; Manuela, atraída á su ventana, miraron con estupor al joven entregar las riendas á Celestino, bajar del carruaje y subir los escalones de piedra.